

BIBLIOGRAFIA

GUILLERMO FURLONG — *Arquitectos Argentinos durante la Dominación Hispana*. — 4^o-432 págs., muy ilustradas. Buenos Aires 1946.

Meses atrás, y en las páginas de *Estudios*, nos referimos extensamente al tercer volumen de la colección "Cultura Colonial Argentina", que viene publicando el Padre Fúrlong. Aquel tomo se refería a los Matemáticos; éste se refiere a los Arquitectos. Si aquél era, a nuestro ver, un volumen tan novedoso como revelador, otro tanto hemos de aseverar del que tenemos a la vista y cuyo título encabeza estas líneas.

No es, como pudiera creerse, un conjunto de monografías sobre Arquitectos Coloniales; es, en verdad, una historia orgánica e integral del arte arquitectónico entre nosotros, desde la llegada de los primeros europeos en 1536 hasta los sucesos de Mayo. Con una amplitud y con una minuciosidad de detalles, que es raro encontrar, aún entre los especialistas, el Padre Fúrlong no reduce su estudio a Buenos Aires, o lo extiende a Córdoba o a Salta, como han hecho los pocos que le han precedido en estas disquisiciones, sino que recorre las etapas históricas de tres centurias y en cada una expone cuanto ha podido indagar sobre la arquitectura en todas las actuales Provincias Argentinas.

El confusionismo, que es tan del agrado de quienes carecen de ciencia, y las frases generales de que tanto abusan los críticos que obran a base de apriorismos, son elementos que no tienen entrada alguna en este libro, en el que todo está clasificado por épocas y por regiones.

Los que han estampado, con tanto descaro como ignorancia, que con anterioridad a 1810 no había habido arquitectos ni arquitectura, ni se conoció lo que eran leyes edilicias ni se supo lo que era higiene colectiva, tendrán que rectificar sus conceptos ante los hechos, tantos y tan elocuentes, como desfilan en las cuatrocientas páginas de este volumen.

Aun los conocedores del pasado arquitectónico argentino sienten que el Padre Fúrlong les abre nuevos horizontes, rectifica viejos errores, complementa noticias truncas y, lo que es más, ofrece un enorme caudal de noticias que les eran enteramente desconocidas. No en vano ha pasado el Padre Fúrlong su buen cuarto de siglo trabajando en el Archivo General de la Nación, y extractando sin prisas, pero también sin pausas, los granitos de oro que se hallaban perdidos en la inmensa playa de ese rico arsenal documental.

En los cuatro tomos de su Colección Colonial ha seguido una conducta cartesiana. Ha prescindido de cuanto se había escrito, con anterioridad a él, sobre los temas que desarrolla y con un "cogito, ergo sum", "pienso, luego existo", que en su caso ha sido "Hay un Archivo, luego reconstruyamos el pasado", se ha basado en ese Archivo, y en otros igualmente generosos en ofrecer materiales inéditos a quienes se empeñan en buscarlos, y ha hecho historia, ha reconstruido el pasado, como nadie lo había hecho antes que él en esos campos.

Nos place el espíritu pragmático con que escribe, en vez del espíritu dogmático tan del gusto de otros autores. No deja de expresar su opinión favorable o desfavorable, ante tales o cuales fenómenos, pero se contenta con exponer los hechos, dejando al lector el deducir las conclusiones. No trata de

que los demás acepten sus conclusiones, pero sí el que, ante los hechos expuestos con toda precisión, surjan los juicios que corresponden.

Kronfuss, por lo que toca a Córdoba; Solá, por lo que atañe a Salta; y Buschiazzo, en lo que respecta a Buenos Aires, habían hecho mucho en pro del conocimiento arquitectónico colonial Argentino, pero es el mismo Buschiazzo quien, en la bella y simpática introducción al libro que reseñamos, asevera que ninguno se había adentrado en el tema como el Padre Fúrlong, y un crítico tan especializado como el mencionado Buschiazzo llega a asentar que son dos las obras fundamentales que ahora poseemos sobre nuestra vieja arquitectura: el tomo de láminas, tan geniamente trabajadas por Kronfuss, y el tomo de noticias tan pacientemente recogidas por el Padre Fúrlong. Citemos sus palabras: "El Arquitecto Kronfuss, con mano insuperable, grabó para la posteridad plantas, cortes, alzados, detalles y perspectivas; el Padre Fúrlong, con generosidad de maestro, nos brinda la historia minuciosa, la cronología exacta, el catálogo preciso de los arquitectos y las obras del período colonial argentino".

No nos es dado seguir al Padre Fúrlong al través de los 46 capítulos de que se compone su libro, pero no hemos de dejar de mencionar algunos capítulos que creemos de un valor muy grande, ya por lo original del material contenido en ellos, ya por las deducciones que se desprenden de los mismos. La acción edilicia de Hernandarias entre 1592 y 1618, la obra arquitectónica de Bacho de Filicaya, la técnica usada en la contrucción de paredes de adobe, la actuación de Domingo Petrarca en Buenos Aires y Montevideo, la inmensa labor de Andrés Blanqui y de Juan B. Prímoli, de Juan B. Masella y de Juan Narbona, de Diego Cardoso y de Francisco Rodríguez Cardoso, de José Custodio de Saa y Faría y Juan Manuel López, de Esteban Tast y Vicente Troncoso, de los hermanos Ayroldi, de Tomás Toribio y de José Antonio del Pozo, para sólo mencionar los más destacados, son temas a los que el Padre Fúrlong no sólo aporta nuevos datos y noticias peregrinas, pero hasta ilustra con planos inéditos, con cortes desconocidos, con alzadas de las que nadie tenía noticia.

Consagra, es verdad, no pocas de las mejores páginas de su libro a los jesuitas de otrora, a los Prímoli, Blanqui, Kraus, Wolff, etc., pero su afecto a la gloriosa Compañía de Jesús, a la que ellos pertenecieron y a la que él pertenece, no le impide reconocer las fallas de ellos y las virtudes de los demás. Opina, por una parte, que lo que sobre arquitectos y arquitectura consiguió el jesuita Cattaneo, en sus célebres cartas, es tan confuso, como errado, mientras que la obra de la cúpula de la Catedral de Córdoba, que siempre se había atribuído a los arquitectos Jesuitas, prueba el Padre Fúrlong que no pudo ser de ellos, sino del Franciscano Vicente Muñoz.

Muy buenas hallamos las razones que aduce el Padre Fúrlong para esta atribución, pero endebles nos parecen las que aduce para ahijar a Juan Campos la Casa de Ejercicios, existente en la ciudad de Buenos Aires, y el Convento de San Lorenzo, en la localidad santafecina de esa denominación. Hay, sin duda, analogías entre una y otra construcción, pero hay también sus diferencias. Una, y muy curiosa, que el Padre Fúrlong no ha observado, es la forma en que las palmeras, que hacen de vigas sobre que descansan los techos, están empotradas, por decirlo así, en la casa de San Lorenzo, mientras que, en la Casa de Ejercicios, se ha hecho en ellas un corte en la parte que se apoya sobre el muro. Tampoco los arcos claustrales de San Lorenzo tienen la airo- sidad de los de Buenos Aires.

Hay, como éste, otros puntos en el libro del Padre Fúrlong, que futuros investigadores solucionarán. Le cabe a él la gloria de haber hecho el primer gran esbozo de la Arquitectura Argentina, anterior a 1810, y de haber realizado su cometido en una forma verdaderamente halagüeña.

JUAN P. CAMPOS.

ANONIMO. — *Cuentos populares y Leyendas de Irlanda*. — Trad. de León Miras. — Colección Austral. — Ed. Espasa-Calpe Argentina S. A. Buenos Aires 1946. — 8º. 186 páginas.

Es una compilación de obras narrativas, de carácter novelístico y fantástico, que desarrollan temas del ciclo mitológico irlandés; su composición se remonta a la Edad Media.

Difícil es precisar, sin embargo, la época en que surgieron estas narraciones, pues durante muchos siglos fueron transmitidas por tradición oral y sólo llegaron a nosotros en versiones tardías contenidas en manuscritos del siglo XV. Sin embargo muchas de estas producciones existían ya el siglo X, y tal vez tienen sus fuentes en obras más remotas o bien son el resultado de un proceso de perfeccionamiento de esa literatura primitiva. Muchos críticos han emitido hipótesis descabelladas acerca de los orígenes literarios célticos.

La poesía legendaria de los celtas, como señala Menéndez y Pelayo, es independiente de las tradiciones de la Edad Media cristiana. En efecto, los celtas de Erín (nombre poético y tradicional de Irlanda) no cayeron bajo la dominación romana y, aunque convertidos a la Religión Católica por San Patricio en los primeros años del siglo V, conservaron sus tradiciones poéticas y legendarias.

Tal vez en sus orígenes, la epopeya bretona haya recibido influencias de las sagas o leyendas poéticas de los celtas.

Por otra parte, y a pesar de sus orígenes diversos, se advierte cierta analogía entre estas narraciones irlandesas y la novelística medieval de Occidente, la cual procede de los cuentos orientales. Más explicable es su semejanza con los libros de caballería, pues éstos tienen sus más remotos orígenes en las epopeyas del ciclo bretón.

El asunto de la mayoría de las narraciones compiladas en este volumen se remonta a los primeros siglos de la era cristiana, preferentemente a la época de Finn o Fion (el Fingal de los poemas pseudo-ossianicos) guerrero irlandés semilegendario que habría vivido hacia el siglo II de nuestra era y cuyas hazañas fueron celebradas por los bardos irlandeses y las crónicas y sagas medievales, juntamente con las de sus compañeros Oisín (Ossian), su hijo Oscur (Oscar), Goll, Diarmuid, etc.

Esta literatura narrativa irlandesa tenía carácter episódico: pequeños cantos o poemas independientes, de asuntos diversos, generalmente de misterio y aventuras, batallas, muertes, raptos, encantamientos, navegaciones y viajes.

Los fenianos, como se refiere en estas narraciones, creían en la existencia de un mundo fantástico, país de la completa felicidad y la eterna juventud, al cual se llegaba mediante un viaje, no por la muerte. El amor a los viajes, característico de los irlandeses, se explica en gran parte por el hecho de ser la verde Erín una isla. A ese país fantástico le designaban poéticamente "Tir

na n-Og". (Tierra de la juventud), "Tir Tairngire" (Tierra de la promesa) a "Magh Meall" (La llanura suave).

Dentro de las obras narrativas publicadas en este volumen, cabe destacar por la importancia histórica del asunto, la saga de Fionn, el héroe epónimo del ciclo épico irlandés. Y por su gran belleza, que traduce la ingenuidad y el sentido fantástico de la poesía primitiva, "Oisín de Tirnanoge" y "El pájaro de las Tierras de Oro".

La lectura de esta obra permitirá formarse una idea y una opinión acerca de la primitiva literatura narrativa irlandesa, al mismo tiempo que servirá de solaz y deleite a la imaginación.

JOSÉ SÁNCHEZ FONTANS.

Montevideo, abril de 1947.

LUIS KÖSTERS S. J. — *Nuestra Fe en Cristo*. Traducción del alemán por Juan Armelín, S. J. *Palabras preliminares de Hernán Benítez*. — Buenos Aires (Poblet) 1946; 8º - 350 páginas.

"Nunca las segundas partes fueron buenas" es un adagio que tiene sus excepciones, y una de ellas es la obra que vamos a dar a conocer a los lectores de "Estudios". "La Iglesia de nuestra Fe" era el título de lo que podría llamarse la primera parte de esta obra, y ella ciertamente ha tenido, y sigue teniendo un éxito bien merecido. Los buenos libros, aún cuando sean caros, siempre se venden, porque son libros que, por sus méritos intrínsecos, se imponen.

Igual éxito, sino mayor aún, es el que le espera al volumen que acaba de publicarse. No es un libro más sobre Jesucristo. Es, a nuestro ver, el gran libro sobre Jesucristo. No tiene la pesadez y reciedumbre de Grandmaison, ni el análisis luminoso de Lebreton, ni la agilidad literaria de Salgado, pero tiene en armónica combinación todo lo que admiramos en estos autores.

Sin atenerse a los hechos de la vida de Cristo, sin seguir los pasos del Verbo Encarnado, sin preocuparse de las pequeñeces cronológicas o topográficas, Kösters nos ofrece un cuadro estupendo de la vida de Cristo Jesús, sólidamente afincado sobre la documentación más apodíctica.

Después de un estudio preliminar sobre cómo el tema de Cristo no sólo es uno de los problemas más sugestivos y difíciles para los psicólogos, investigadores históricos y filosofantes de religión, sino que es más bien una cuestión de conciencia, que ningún hombre de buena fe puede dejar de lado, expone Kösters, con una lucidez extraordinaria, lo que creemos los cristianos al confesar en el Credo: "Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fué concebido por obra y gracia del Espíritu Santo", y cómo esa creencia la hemos heredado de los tiempos apostólicos, no obstante todos los embates de adversarios apasionados.

En los cinco capítulos que dedica el Padre Kösters a estos temas hay páginas tan medulosas teológicamente como literariamente bellas, y hay asertos que impresionan agradablemente al lector, como son todos los que se refieren a lo que hay de ortodoxo en las sectas protestantes. Viviendo el autor en un ambiente protestante, se ha percatado de la sinceridad que anima a tantos hombres alejados, por simple herencia, rutina o factores ambientales, del seno

de la Iglesia Católica. Kösters se muestra tan inexorable con los errores protestantes como considerado y caballeresco con los protestantes mismos.

"Hasta la segunda mitad del siglo XVIII enseña el Protestantismo sin limitación, la íntegra fe en Cristo. A partir de entonces efectuóse un cambio en muchos Teólogos protestantes, debido a sus suposiciones apriorísticas. Pero el pueblo cristiano protestante, fiel a la tradición, no fué a buscar su fe en los gabinetes de estudios de los eruditos, sino en la Biblia, la Iglesia y en la profesión, y así permanecieron los más fieles a Cristo... Diversas grandes sectas salidas del Protestantismo, como los Baptistas, Quáqueros (originarios), Metodistas, Ejército de Salvación, encontraron en la fe de Cristo, guardada con fidelidad, fuerzas y estímulos para trabajar con empeño". Análogas a estas frases de justa apreciación, que leemos en la pág. 47, son otras que se hallan en la pág. 76.

También es simpática, aunque en otro plano, lo que escribe el autor en la pág. 26, refiriéndose a la fe de Cristo entre los Germanos. Hay evidente exageración, pero ella es disculpable y hasta es loable, ya que es comprensible que para los hijos de Francia haya sido Francia el país más cristiano, y para los Españoles lo haya sido España y para los Ingleses lo haya sido Inglaterra. "Apenas se encontrará otro pueblo en la tierra —lo podemos decir con santo orgullo— en que se haya realizado una unión tan delicada e íntima del alma popular con el espíritu cristiano, como en nuestro pueblo alemán", escribe Kösters exultante, y aduce hombres y hechos e influencias, pero no es difícil, antes muy fácil sustituir esos elementos germánicos con otros igualmente valiosos de procedencia hispana, itálica o gálica.

Otra aseveración del autor, que talvez no responde a la realidad de los hechos es la que consigna en la nota 15 del capítulo tercero: el Arrianismo fué "más que una expresión del pensar especulativo sobre la fe, una manifestación externa, nacional y política". No sólo en el Oriente, sino aún en el Occidente, en Milán sobre todo, fué mucho más que una política. Allí está el Concilio de Rímini que comprueba esa realidad.

"Verdad radiante" se intitula el capítulo XI de esta obra excepcional, y el título, aunque cuadraría a toda ella, tiene su especial lugar en este extenso capítulo (pp. 91-134), en el que el Padre Kösters se refiere a la verdadera humanidad histórica de Jesús, al contenido de su doctrina, a lo que fué el centro de la vida de Jesús; al Padre Celestial, al alma y al corazón del Salvador.

Este capítulo es de una intensidad tal que su lectura no puede hacerse sino muy lenta y pausadamente. Con citas innumerables, intercaladas por desgracia en el mismo texto como barreras o tropiezos, el lector ve abrirse ante sí un panorama estupendo, sublime, altamente convincente, pero al mismo tiempo aplanador por el exceso de hechos que se acumulan en pocas páginas.

Los racionalistas que más han socavado la humanidad histórica de Jesús, han de tener una mentalidad anormal o enfermiza, para leer estas páginas y, después de leídas, insistir en su teología apriorística y subjetiva.

Una nota hay en este capítulo que requeriría mayor estudio. Es la de la pág. 131 en que el autor expone las analogías existentes entre la vida de Cristo y la de Buda, sin precisar si esos rasgos biográficos atribuidos al asceta Gotama Buda le han sido prohiados, antes o después de la era cristiana. La frase "Epocas posteriores" han engrandecido la figura de Buda, es poco científica ya que ni en el texto ni en la nota ha anotado el autor fecha alguna, como podría suponerse al aludir a "épocas posteriores". ¿Son acaso "épocas posteriores" a Cristo? Sabemos que no es así. Esta nota tal cual está

redactada puede, a nuestro juicio, ser una piedra de escándalo para personas poco conocedoras de nuestra fe. Cuando años atrás, adujo este mismo hecho, en uno de sus arteros libros, aquel racionalista que se llamó en vida Lisandro de la Torre, no fué poca la turbación que produjo en algunas almas. Exponer los argumentos de los enemigos es imprudente, cuando junto a ellos no se consigna la solución adecuada. Creemos que, en el presente caso, esa solución no existe. Las frases que se consignan, después de exponer el paralelo, son oscuras y a nada conducen.

Los capítulos VII, VIII, IX y X aducen, en forma tan novedosa como lógica, la confirmación de la fe en Cristo, por la autenticidad de las Escrituras, por las enseñanzas de la Iglesia primitiva y por el testimonio del mismo Jesús.

Desde hace veinte siglos, innumerables teólogos y escritores eclesiásticos han aducido, estudiado y esclarecido las pruebas de la divinidad de Cristo, pero pocos talvez, con la habilidad del Padre Kösters, habían llegado a disponer tan estratégicamente los conocidos textos probativos. No sabemos si su encadenamiento de pruebas es original, pero es ciertamente decisivo. Se ve que el autor, lejos de disponer sus argumentos contra enemigos ficticios o superficialmente conocidos, como un Renán o un Strauss, uno y otro bastante anticuados ya, tuvo presente a la legión de racionalistas contemporáneos, algunos de ellos poseedores de no escaso ingenio, y ante esa visión real del campo de batalla, pudo ordenar y, en efecto, ordenó, con excepcional pericia la aguerrida tropa de sus pruebas.

También en esta parte haremos una observación: a nuestro ver, es pobre y nada convincente la explicación que, en la pág. 185, aduce el autor para explicar aquella frase de que tanto se valió Cristo, llamándose "el Hijo del Hombre". Aduce las palabras de Daniel 7-13, pero es explicar lo oscuro con lo más oscuro aún. ¿No hay, en la Teología, explicaciones más luminosas y sobre todo más decisivas?

El testimonio de Jesús, confirmado por milagros, y su resurrección constituyen los temas de los capítulos XII y XIII, a los que siguen otros dos, referentes el uno al "misterio de la fe, explicado por la Fe" y "el misterio de la fe probado en la vida", esto es, Cristo la segunda persona de la Santísima Trinidad, Engendrado del Padre, Verbo del Padre, Redentor, Sumo Sacerdote, Glorioso a la diestra del Padre, y Cristo factor real en la formación de vida religiosa, dechado de toda vida moral, presente personalmente entre nosotros, neumáticamente desde el cielo.

No es posible seguir al Padre Kösters, al través de todos estos temas, en los que la teología y la historia, y hasta el arte, se armonizan estrechamente. No es el libro del Padre Kösters uno de fácil lectura, pero no es plúmbeo ni siquiera es pesado, como lo suelen ser tantos libros referentes a temas religiosos. Carece, es verdad, de aquella amena profundidad y de aquella superficialidad aparente que hace tan fácil y tan provechosa a la vez, la lectura de tantos libros franceses. Dado los temas y la forma científica de elaborar los mismos, apenas se puede exigir más en un libro escrito para los especialistas y para las personas cultas. Así lo dice el autor en su breve prólogo.

Preceden a éste unas "Palabras Liminares", demasiadas palabras tal vez, y sobre todo ajenas al libro a las que sirven de introducción. Las suscribe Hernán Benítez, quien, evidentemente las escribió en momentos de apresuramiento y sin la necesaria calma para enlazar los conceptos, eliminar las repeticiones, aquilatar los asertos.

No faltan pensamientos originales, ideas profundas, juicios atinados, pero el ambiente general de esas mencionadas "palabras liminares" no condice con la seriedad teológica y con la seriedad científica del libro, al que sirven de introducción.

No nos place la versión que hace del texto de San Pablo: *non erubesco Evangelium: mi fe en Cristo es mi orgullo*. Parece que la única traducción científica es la tradicional: "no me avergüenzo del Evangelio". Pablo, sin duda alguna, se gloriaba del Evangelio, pero el texto citado no entraña esa idea. Podrá alguien no avergonzarse de algo, pero de ahí no se sigue que precisamente se enorgullezca de eso. Juan no se avergüenza de ser hijo de inmigrantes, pero está bien lejos de gloriarse de ser hijo de inmigrantes. Yo no me avergüenzo de mi deficiente caligrafía, pero tampoco me glorío de mi pobre escritura.

Hace el escritor una larga transcripción de Renán y termina con unas frases ambiguas, ya que asevera que todos los hombres, aún los que poseyeron el don de la fe sobrenatural, "han tenido que reconocer que se trata de una persona, tan excelsa, como no ha surgido otra en toda la historia; quien, ciertamente, si no era Dios, tocaba las fronteras de la divinidad". Evidentemente esta potrerera aseveración no es del autor, pero la forma en que se la expresa, pudiera hacer creer que lo sea.

No creemos con el autor de las Palabras Liminares que la moral católica sea adusta (p. XI), ni creemos que "gran parte de los católicos reduzcan su religiosidad a oraciones rutinarias y maquinales, y no se benefician con la amistad de Cristo" (p. XII); ni creemos que Jesús "se afincó al aledaño de su niñez", ni aceptamos el aserto de que "ahora, ahora mismo, está recordando en los cielos el nido de picaflor que colgaba del parral, a la entrada del taller paterno".

No comprendemos estas aseveraciones de una literatura tan quebradiza y que no tienen asidero alguno en los libros sagrados ni en la tradición. Tampoco nos place este párrafo:

Jesús "cuando dormía en su cuna y de puntillas se acercaban a observarle María y José, si éste acariciaba a la virginal esposa, el niño se contraía en un gesto de infinita felicidad, como si el amor de los esposos creara un campo magnético de secretas influencias, capaces de conmover al niño hasta en las profundidades de su sueño".

Todo esto nos parece poco serio, e igualmente poco serio y nada exacto nos parecen aquellas líneas tan enfáticas, a propósito del aserto de que Jesús no fué un amargado.

"Cierta vez dije —y déjenme repetirlo ahora— que Jesús no fué humorista; más bien siempre fué triste. Shaw y los protestantes liberales ingleses no le han perdonado su falta de buen humor; ¡Pobre Bernard Shaw y pobres liberales ingleses! No se han dado cuenta que este mundo, si se lo conoce con un poco de profundidad, le quita a uno las ganas de hacer chistes".

No nos interesa lo que pueda pensar el ochentón Bernard Shaw, a quien Chesterton llamó "pájaro nocturno de malos agüeros", pero si ha habido algún país del mundo en el que los escritores católicos y protestantes, al igual, han puesto de relieve el humorismo innegable de Jesús, es ciertamente Inglaterra. Es el humorismo de Cristo uno de los elementos que le hacen tan simpático a los ingleses.

Estas son algunas de las observaciones que hacemos a las "Palabras Liminares" de Hernán Benítez.

Por lo que respecta a la traducción del Padre Armelín, S. J., la consideramos buena literariamente y la suponemos fiel en lo que toca a los conceptos consignados en el original. Advertimos, sin embargo, algunas fallas que convendría eliminar, además de los muchos errores de imprenta, como en pp. 33, 63 (dos), 69, 71, 131, 139, 193, 280. El "halla cambiando" de la página 55, hacia el fin, debe ser "haya cambiado", y el aún, de la misma página, línea sexta, no debe llevar acento, ya que equivale a "hasta" y no a "todavía"; y toda la puntuación de esta página es deficiente. Bien lo prueba este párrafo: "Que hombres desengañados que no han aprendido a distinguir entre el hombre y el cargo, entre la doctrina y el maestro (Mt. 23-3) el ideal y la realidad reciban pena ante flaquezas humanas, faltas y pecados, que siempre los habrá en la Iglesia mientras se componga de hombres;". Otro ejemplo en la pág. 58: "Influencia de fuera de Alemania fueron los que presentaron la ocasión próxima". Y en la pág. 185: "Coloca, pues, a la par atribuyendo idéntica significación a las expresiones Hijo del Hombre, "Cristo" e "Hijo de Dios", reclama, por consiguiente la divina dignidad expresada por Daniel". En buena sintaxis ese "reclama" reclama un sujeto, o exige una conjunción que lo una con la oración anterior.

Hemos señalado deficiencias, pero hemos de consignar que todas ellas son insignificantes, en comparación de la magnitud y valía excepcionales de esta obra del Padre Kösters, que muy sinceramente recomendamos a todos los estudiosos.

JUAN FRANZELIN.

SIGFRIDO HUBER. — *Las cartas de San Ignacio de Antioquía y de San Policarpo de Esmirna.* — Documentos de la Iglesia primitiva. Versión castellana del original griego y discurso sistemático sobre la Doctrina de San Ignacio de Antioquía. 4º. (13 x 20; 224 págs.) Dedebec-Desclée de Brouwer. — Buenos Aires, 1946.

Toda la importancia y trascendencia de un libro como el presente, poco común entre nosotros, se encuentra compendiada en las palabras que el erudito traductor y comentador inserta en las primeras líneas de su Introducción.

En los tiempos actuales, el Cristianismo, sacudido por tantas corrientes filosóficas subversivas y pseudoespiritualistas, siente la necesidad de arraigar, más que nunca, en su sana y legítima doctrina. Ha de echar su áncora de seguridad en la más antigua y auténtica tradición cristiana, depósito de la Fe tan seguro y auténtico como los Libros Revelados.

Ignacio de Antioquía, discípulo de San Juan Evangelista, recibe de Cristo la doctrina de la Nueva Iglesia, por medio de los Apóstoles.

Las voces de Pentecostés y la palabra de Cristo llegan en toda su fresca lozanía y pureza al Santo, que las trasmite a los siglos venideros con la misma autenticidad y pureza.

A pesar de las escasas noticias fidedignas que se poseen sobre su persona y la de San Policarpo de Esmirna, el Padre Huber ha delineado, con acierto, la personalidad del uno y del otro, cual se refleja en sus cartas, sin desechar las referencias que va encontrando en los más antiguos escritores eclesiásticos, y aun en las *Actas del Martirio* de ambos Santos, publicadas en el siglo XVII, no obstante ofrecer ellas hoy algún reparo a la crítica histórica y a la aceptación completa de su autenticidad.

Este ha ensayado con notable éxito el darnos una clara y científica sistematización de la doctrina ignaciana.

Esta clara visión de la doctrina apostólica en las cartas del mártir, trabajo que supone por parte del comentador un amplio conocimiento no sólo del Santo, sino aun de la época, de las corrientes filosóficas de su tiempo, de los primeros movimientos heréticos y pseudoespiritualistas que comienzan a despertar ya a fines del Siglo I^o, nos demuestra una vez más que la doctrina de la Santa Iglesia Romana, que ha sido y será siempre una, tiene sus más hondas raíces en la predicación apostólica y en la más antigua tradición cristiana.

Los dogmas fundamentales de nuestra Religión encuentran en el Antioqueno un fiel vocero. El Padre, Jesucristo Hijo de Dios y Redentor del mundo, la Eucaristía, la Iglesia, su Jerarquía, las virtudes teologales, hallan en San Ignacio fidelísimo intérprete, frente a la torcida acepción dada por algunas de las primeras cristiandades.

Luego de situar, dentro del marco histórico correspondiente, las cartas de San Ignacio, estudia el Padre Huber la actitud ante la Sagrada Escritura, del segundo sucesor de San Pedro en la silla antioquena.

En este detallado análisis sobre las referencias y alusiones constantes a los sagrados autores, del que surge, en la persona de San Ignacio, un profundo conocedor de la palabra de Dios, cuya letra y espíritu había íntimamente asimilado, hace destacar especialmente el santo, el influjo que el espiritualismo de los dos grandes Apóstoles, San Pablo y San Juan Evangelista, ejercen en el modo de pensar y hablar del Obispo.

Aspecto claramente comprobado, por otra parte, en las eruditas notas del texto de las cartas, que confrontan las palabras del Antioqueno con la mente, y aún con la letra, del último Evangelio y de Pablo de Tarso.

Estas afinidades doctrinarias entre Ignacio y los dos Apóstoles aparecen más explícitas y claras en los comentarios que nos brinda el autor, en la tercera parte del libro, donde las pone de relieve.

Vemos así que no sólo el dogma cristiano encuentra en San Ignacio un intérprete fiel y un propagador íntegro y seguro. También el aspecto místico de la Iglesia de Cristo, del Cuerpo místico y la Jerarquía sagrada tienen un sitio tan importante en la mentalidad de Ignacio de Antioquía, que hacen de él, como acertadamente lo nota el autor, el eclesiólogo más sublime de la literatura cristiana.

Esta clara visión de la unidad de la Iglesia, y de su incorporación a Cristo, eco sensible de San Pablo, y base única de nuestra existencia espiritual, es el aspecto principal de las cartas del Antioqueno, que vienen a ser, por eso mismo, "el más venerable monumento a la Jerarquía católica", en acertada frase del autor.

El carácter del Obispo, en cuya persona queda encarnada la unidad de lo divino y de lo humano, con la preeminencia y paternidad que lo caracteriza con respecto a su grey, queda perfectamente delineado al mostrárnoslo como el lugarteniente de Dios para con los escogidos, como "el centro de gravitación de la Iglesia, que influye en todos los fieles en la Fe y en el amor de Cristo".

Junto a la posición única y sobresaliente de los Prelados, aparecen los Presbíteros, sus íntimos y necesarios colaboradores y, cuya autoridad nace de la unión con el Obispo, y por éste con Jesucristo.

Los Diáconos, tercera categoría dentro del orden jerárquico, no presentan su posición oficial bien definida en la doctrina del Obispo.

El autor explica aquí la diversa posición del Diaconado en los distintos tiempos y lugares, y las causas de la especialísima predilección del Antioqueno por sus consiervos, como él mismo los llamaba.

Este orden sacerdotal y jerárquico, el obispo, el presbítero y los diáconos, según lo representa el Obispo de Antioquía, establecido conforme a la ley de Jesucristo, es el fundamento de la Jerarquía eclesiástica, cuyas raíces más hon- das y más profundas arraigan en los tiempos apostólicos, desde los cuales se ha continuado sin interrupción hasta nuestros días.

De singular interés para el cristiano y para el estudioso, pues lo pone en medio de las primitivas instituciones eclesiásticas y legislaciones morales de la Iglesia, es el estudio que hace el autor sobre las diaconisas y sobre el matrimonio cristiano.

Las Diaconisas, antigua institución laica de la Iglesia, no de origen di- vino, sino procedente de las diversas necesidades de la Primitiva Iglesia, es- taban consagradas, en particular, a las obras de caridad y enseñanza religiosa femenina. Carácter que confirma el comentador con las citas de los más an- tiguos documentos cristianos.

También el matrimonio cristiano encuentra ya en las cartas de San Igna- cio, indicios de una legislación eclesiástica de contornos bien definidos.

Clara y metódicamente demuestra el Padre Huber, cómo el Santo Obispo nos representa el genuino pensamiento de la Iglesia, al dar tan claros y pre- cisos consejos y preceptos sobre la unión entre el varón y la mujer, cuyo enlace es una imagen y semejanza de la estrecha unión de Cristo con la Iglesia.

Trata luego el sentido que para San Ignacio tenían estas palabras: "*Iglesia Universal*", en quien reconoce toda la trascendental grandeza de su unidad íntegra y perfecta; e "*Iglesia Romana*", de quien reconoce como fundadores a San Pedro y a San Pablo, y a quien atribuye explícitamente el primado más sublime de jurisdicción y el que hasta nuestros días ha sido la más lu- ciente gloria de la Iglesia de Roma: el primado del amor.

Cierra el autor su interesante trabajo con un estudio sobre uno de los caracteres más marcados de la Doctrina de Cristo. Aspecto total o parcialmente desconocido por un gran número de cristianos y cuya ignorancia induce a tantos prejuicios; la alegría cristiana, la perfecta alegría, patrimonio exclusivo del verdadero creyente. Aspecto también de los más marcados y atrayentes del Santo Obispo de Antioquía, que bien se puede sintetizar en las palabras del saludo a sus fieles: ¡Os deseo toda alegría!, y que resalta doblemente, al contraponer este optimismo cristiano a la Filosofía y Literatura clásicas, las que examina detenidamente a través de los principales autores del mundo greco-romano. Lástima que la traducción en versos castellanos de algunos fragmentos griegos sea tan servilmente literal o tan demasiado libre, que oscurezca el sentido propio de la frase, por ej. en la pág. 205: "*¿Cuál hom- bre ha de conseguir — más u otra felicidad — que la de creerse feliz, — aunque en desdicha y pesar...?*" Hubiéramos preferido una traducción en prosa.

Pequeños lunares son éstos, que no influyen en la belleza de esta obra, la que juzgamos de no pequeña trascendencia para el arraigo de la fe cató- lica entre nosotros y de innegable utilidad para el estudio de la edad patristica, tan exiguamente fomentado en nuestros ambientes intelectuales.

Conocedor de los grandes comentaristas eclesiásticos y Patrísticos, infor- mado en los eruditos autores alemanes, referencias constantes a los mismos son el mejor testimonio de la seriedad científica del autor.

ROBERTO BRIÉ, S. J.

MONSEÑOR MARCOS EZCURRA. — *Vida de Sor María Antonia de la Paz.* Edición póstuma copiosamente anotada por el P. Justo Beguiriztain, S. J. Buenos Aires, 1947. — 89-188 pp. con ilustraciones.

Monseñor Ezcurra, fallecido en 1932, a una avanzada edad, escribió, a principios de este siglo, la *Vida de Sor María Antonia de la Paz*, que ahora se publica por primera vez, prolongada, y ampliada y discretamente anotada por un especialista en lo que se refiere a la Beata santiagueña, el Padre Beguiriztain.

Este mismo Jesuita, lo propio que el Padre José María Blanco, autor de una ponderada biografía de esa santa mujer, habían superado, y con creces, cuanto había escrito Monseñor Ezcurra, pero la obra de éste tenía un mérito excepcional y único: el haber sido depositario de la tradición recogida solícitamente por él durante media centuria. Ese es el singularísimo mérito de esta obra, que tanto podrá pesar en la causa de beatificación de María Antonia.

Eco de la tradición, pero desconocedor Monseñor Ezcurra de los archivos, incurrió en no pocos errores, inexactitudes y confusiones. Las notas tan abundantes como certeras, con que el Padre Beguiriztain ha avalorado esta edición, corrigen esas fallas y arrojan mayor luz sobre hechos de no escaso interés. Lamentamos, no obstante, el que no haya expuesto las razones que existen para no aceptar el aserto tan categórico de Mons. Ezcurra de que Sor María Antonia había nacido "en la ciudad de Santiago del Estero". Esa frase tiene hoy día una aceptación muy diversa de la que tenía, no sólo a fines del siglo XVIII, pero aún a mediados del siglo XIX, ya que otrora, por ciudad no se entendía el egido, más o menos amplio, sino toda la jurisdicción dependiente de la misma, aunque esa jurisdicción se extendiera a 100 y más leguas de distancia. El caso de Dalmacio Vélez Sársfield es elocuente: abundan los documentos que manifiestan que nuestro codificador nació en la ciudad de Córdoba, mientras toda la tradición sostiene que nació en Calamuchita, y hasta el mismo Vélez, dice, unas veces, que nació en la ciudad de Córdoba y otras que nació en Calamuchita. A un lector moderno le podrá parecer que estos asertos son contradictorios, pero no es así, ya que el concepto de ciudad otrora no era el que hoy día tenemos. Sólo eran ciudades las poblaciones que tenían Cabildo, siendo partes de la misma todos los núcleos urbanos dependientes de dicho Cabildo, aunque distaran tanto como Calamuchita dista de Córdoba.

Ante esta realidad, poco valen todas las frases de esa índole, como la del anónimo autor de "El Estandarte de la Mujer Fuerte" y la de Monseñor Moscoso y Peralta, al escribir que Sor María Antonia era "natural de la ciudad de Santiago del Estero". Evidentemente, era natural de la ciudad de Santiago del Estero, aunque no nació en lo que es ahora el casco de dicha ciudad, sino en un pueblo que estaba en la jurisdicción de la misma.

Lo que pesa de veras en la balanza del historiador, en estos casos, son las expresiones que positivamente aseveran que nació fuera del egido de la tal o cual ciudad, y de esa índole, tenemos, en este caso, un documento de gran valía. Fray Julián Perdriel, en su *Oración Fúnebre* de la Beata santiagueña expresamente asevera que no nació en la ciudad, sino en la campaña: "La ciudad de Santiago del Estero la ve nacer como una flor peregrina en medio de su campaña árida e inculta". Esta frase no admite tergiversaciones: Sor María no nació en la ciudad, sino en la árida campaña de Santiago del Estero. Ante esta expresión clara y precisa, se ve con luz meridiana que la frase "en la ciudad" no significa dentro del egido, sino en la jurisdicción de Santiago del Estero.

Tampoco creemos que sea menester investigar mayormente en qué punto de la árida e inculta campaña nació la Beata, ya que un vocero de la tradición santiagueña, como el señor Baltasar Olaechea y Alcorta afirma, sin tubear, que nació en Silípica. Interrogado por nosotros sobre los fundamentos en que basaba este aserto, nos informó que dos propectas damas santiagueñas, de apellido Carranza y Frías, así lo habían recibido de sus antepasados y así lo aseguraban. A lo menos, a fines del pasado siglo y a principios del actual, era todavía, en Santiago del Estero, un hecho indiscutido el que Sor María Antonia había nacido en Silípica.

A los datos que consigna Beguiriztain sobre Pedro de Echazarraga, podemos agregar que entró en la Compañía de Jesús en 1728 (22 de noviembre), que en 1735 era Procurador del Colegio de Córdoba, oficio que ejerció hasta su deceso en 1762 (16 de junio), que en 1748 tenía ese oficio pero se hallaba en el Colegio de Salta, que allí se hallaba aún en 1753 y allí terminó santamente sus días. A 3 de octubre de 1763 escribía el Padre Pedro Juan Andreu que, de entre todos los fallecidos desde 1758 hasta entonces, merecía especial mención. "El hermano Pedro de Echezarraga, fallecido el 16 de junio de 1762, quien fué un insigne bienhechor de esta Provincia del Paraguay, ya que donó a la misma 3.050 escudos de plata".

Tres veces asevera Monseñor Ezcurra que Fray Pantaleón García predicó "el sermón de San Ignacio", y otras tantas veces Beguiriztain anota lo que llama error, y asegura que el orador fué el Canónigo José Ramón de Cavezalez. El sermón de San Ignacio, predicado por este orador existe, y ha sido publicado por el mismo Beguiriztain, pero también existe el sermón de San Ignacio, predicado por el célebre fraile franciscano, y ha sido publicado, hace ya años. La anarquía de las fechas, o mejor dicho, la ausencia de fechas precisas (por ejemplo, en la pág. 32), no nos permite decidir sobre si Ezcurra o Beguiriztain están en lo cierto. Pudo haber habido dos fiestas, en dos años consecutivos, y estar ambos autores en la verdad. Hasta pudo haber acaecido que en el mismo día predicaran ambos oradores, ya que la fiesta de San Ignacio se llegó a celebrar en varias iglesias porteñas.

El dibujo que intercaló el Padre Beguiriztain entre las págs. 48-49 es poco feliz. Los cactus no son santiagueños sino jujeños, o del altiplano, y la cruz con que se remata el báculo, que lleva Sor María en sus manos, difiere no poco del original y auténtico que se reproduce fotográficamente en la misma página. La lámina existente entre las págs. 116-117 no tiene razón de ser en una obra de esta índole; algunas locuciones son poco castellanas como esta: "por no tener ahora *en* (en vez de *a*) mano documento fidedigno".

Exceptuando estas pequeñas fallas, y alguna imprecisión en las fechas, trátase de un libro bien pensado, bien escrito, bien impreso.

GUILLERMO FÚRLONG, S. J.

Il Precursore. — María Giovanna Doré — Morcelliana Brescia; 8º. 161 pp.

Mucho se ha andado en el género hagiográfico. Las grandes biografías, presentadas a la luz de la crítica moderna y aquilatadas todas sus partes, se han generalizado con éxito entre los lectores, y algunas alcanzan a ser verdaderas monografías históricas, sin perder para nada su valor estético. La vida de los santos, siempre tan interesantes y ejemplares, han sentido este soplo

renovador. Una de ellas nos llega de la sufriente Italia, y reúne mayores méritos que los que hemos citado. Es una biografía de San Juan Bautista, escrita por una notable autora, experimentada en este género literario. Al leer sus páginas, vamos uniéndolos insensiblemente los fragmentos de la Escritura donde se nos habla del Precursor. Más, no es un perfil encuadrado sólo en los versículos. Puesto el Bautista en su marco histórico y geográfico, evocado con exquisita sensibilidad, la meditación evangélica se anima, como por arte de encantamiento, y es entonces cuando nos sentimos identificados con el protagonista. Nada hay excesivo. No hay pretensiones de cientificismo apologético ni chabacanería literaria o mística. El Precursor se mueve dentro de un marco de rigurosa naturalidad, sin perder nunca su profundo sentido teológico. El Antiguo Testamento viene a cada instante en ayuda, para reforzar la grandeza de la figura del profeta, que preparó los caminos del Señor. Los textos y melodías litúrgicas cierran el cuadro. Las Profecías, la historia, el panegírico todo se fusiona en las Lecciones de la Misa y del Oficio. Tono marcial y victorioso tienen los himnos. En el gran momento de la Misa, en la Comunión, o fuera de la Misa cuando se da la Eucaristía se repiten las palabras del Bautista: *Ecce Agnus Dei...* Siempre Juan es el precursor de Cristo, el que abre los caminos... Este es el propósito de la autora, y por cierto que lo ha logrado.

JUAN CARLOS ZURETTI.

MARTINEZ DEL CAMPO, R., S. J. — *Theologia Naturalis — Cursus Philosophicus Collegii Maximi Ysletensis Societatis Iesu.* — Pars IV. — Editio Secunda. — Buena Prensa; México, 1946; 8º-434 págs.

El Padre Martínez del Campo acaba de publicar la segunda edición de su *Theologia Naturalis*. En la revista "Estudios" en el número de septiembre-octubre, 1944, dimos complacidos al público un juicio crítico de la primera edición de esta obra. Como esta segunda edición poco difiere de la primera, es forzoso repetir algunos conceptos ya expresados entonces en nuestra apreciación de la primera edición.

Como allí decíamos, el mismo autor advierte en el prefacio de la obra que en la concepción de su libro se ha inspirado sobre todo en Descoqs. Es notoria la vasta erudición de Descoqs y su agilidad problemática, que diríamos hoy, o, en otros términos, esa inquietud investigadora que quiere explicitar siempre analíticamente todos los pasos del camino recorrido en cualquier enunciado filosófico. Las características de la fuente principal han pasado al libro del Padre Martínez del Campo, quien en un esfuerzo muy laudable ha sabido guardar más la medida, para que la congerie de explicaciones y notas eruditivas no ahogue el espíritu del alumno. Con todo, creemos que, a pesar del esfuerzo realizado por el autor, su *Theologia Naturalis* resulta todavía como libro de texto con ciertos lunares pedagógicos: muchas citas de nombres y sentencias, a veces de poca monta, al mismo tiempo que cierta aglomeración de puntos esenciales con cuestiones de segundo orden: inconveniente que podría haberse salvado, si el autor hubiese reservado para el cuerpo de la tesis los enunciados rectores de la Ciencia de Dios, y para apéndices y notas, los problemas que no son sino discusiones secundarias de la Escuela o del campo de fuera de la Escuela.

El autor demuestra un gran conocimiento de la Historia de la Filosofía, que se observa en sus apreciaciones de los diversos sistemas y que patentizan una lectura asidua y asimiladora de las corrientes filosóficas antiguas y modernas.

Con ocasión de la primera edición indicábamos que "en la refutación del argumento ontológico según la postura de Leibniz, nos parece que hay una lamentable confusión de la posibilidad meramente conceptual con la posibilidad real. De ahí que el autor haga coincidir la refutación que realiza Santo Tomás del mismo con la de Gaunilón, siendo así que éste no se situó en la posición del argumento ontológico de la verdadera concepción del Ser Perfectísimo, mientras que Santo Tomás, concedida esa concepción mental, niega el paso de lo ideal a lo real, hasta tanto no se haya demostrado la realidad del sujeto de la proposición ontológica".

El autor nos explica ahora en el núm. 180 de esta nueva edición su pensamiento, aclarando que habla de la posibilidad real y no meramente conceptual de Dios. Con todo, observamos que ha suprimido ahora en el número 177 el nombre de Gaunilón que aparecía en la primera edición, por lo que ya no queda Santo Tomás refutando el argumento de San Anselmo según la postura de Gaunilón. A pesar de esta supresión de Gaunilón en el texto citado, opinamos que nuestra observación anterior retiene todavía íntegramente su fuerza; puesto que el Padre Martínez del Campo atribuye a Santo Tomás la distinción de posibilidad interna y adecuada (suponemos, por lo que dice el autor, que habla de posibilidades reales), siendo así que el Doctor Angélico distingue entre posibilidad meramente conceptual ("in apprehensione intellectus tantum") y real ("in re"); y aquí creemos que se encuentra en última instancia la solución del argumento de Leibniz. Véase S. Th., 1, q. 2, a. 1, ad 2; véase también nuestra Theodicea, Bs. As., 1946; pág. 34 y ss.

El autor ha añadido en esta segunda edición de su *Theologia Naturalis* breves e interesantes observaciones acerca de distintos problemas de Teodicea; consúltese, p. e., la exposición sobre el reciente libro del Padre E. Iglesias, S. J., "De Deo in operatione naturae el voluntatis operante", México, 1946.

La presentación tipográfica del libro ha mejorado notablemente en esta segunda edición. Lástima que no haya habido la correspondiente diligencia en la corrección de ligeras inexactitudes y erratas de imprenta, que manchan la pulcritud de la obra; p. e., para no citar sino un desliz: cuando el autor se refiere a la crítica que redactamos de la primera edición de su libro, nos cita escribiendo en "Criterio", Bs. As., 25 de junio de 1942, siendo así que publicamos nuestra crítica en "Estudios", septiembre-octubre, 1944. Pero estos lunares son de poca monta en parangón con el valor intrínseco de la obra.

ENRIQUE B. PITA, S. J.

RICARDO D. CAMPOS. — "*Brigadier General Dr. Thomás García Zúñiga. Grandes Hombres en la Provincia Oriental*". — Montevideo 1946; 8º. 120 pp.

Con elementos genealógicos e históricos, que arrancan de remota documentación gótica y llegan a nuestros días, ha escrito don Ricardo D. Campos, descendiente de los García Zúñiga, el libro arriba mencionado.

La extensa y prolija documentación a que nos hemos referido, da marco adecuado a la vida y hechos de numerosos miembros de dicha familia García Zúñiga, desde su establecimiento en Buenos Aires, durante el gobierno de don Bruno Mauricio de Zabala.

Hombres civiles, de la milicia, del clero, y mujeres rectoras de la sociedad laica y fundadoras de órdenes religiosas, todos mantienen el lustre del antiguo linaje, y con su vida y sus obras, tratan de acrecentarlo.

Y, ciertamente, lo consiguen, según lo certifica la historia.

En ambas márgenes del Plata, los García Zúñiga tienen larga y destacada actuación; bástenos citar al que llegó a Presidente de la Provincia Cisplatina, Doctor Tomás García de Zúñiga, cuya memoria se exalta en este libro, como se exalta en el culto público que le rinden los uruguayos. En efecto, en el Museo Histórico Nacional de Montevideo, se ostenta su retrato, pintado por Miguel Benzo.

Martín, hermano del anterior, estudió en la Universidad de Córdoba, ahí se casó y ahí tomó las armas contra la prepotencia de Quiroga.

Fué su esposa doña Marcelina Allende de la Quintana; y este dato de su vida privada, es elemento computable en las relaciones de los dos pueblos hermanos. Eslabón que forma una larga cadena.

De Córdoba salió una espada para Artigas; la envió don José Javier Díaz. (Con éste, cuarto abuelo de mis hijos, están, también, enlazados los Allende).

De Córdoba salió el doctor Felix María Olmedo Videla, auditor del General Paz, y cuyo recuerdo se perpetúa en una calle de Montevideo.

De Córdoba salió el Dr. Tristán Narvaja, Codificador en el Uruguay.

Recíprocamente, muchos de ahí, del Uruguay, salieron y asentaron sus hogares en el interior de la Argentina.

Ahora sólo quiero citar al niño soldado que dejó su patria para combatir aquí con el inglés, mandar después la artillería en Las Piedras, hacer, al lado de Belgrano, toda la campaña de la Independencia, contraer matrimonio en Tucumán con Angela Padilla, y que es el tatarabuelo de mis hijos, el Teniente Coronel Juan Santiago Warcalde.

Pero, ¿a qué más?

Es precisamente en estos momentos, que en Córdoba se están labrando los sillares sobre los que se ha de alzar la propia estatua de Artigas, el padre de la patria uruguaya.

“..., el de los sueños,
“El de la edad de piedra,
“El de la frente que formó la patria,
“Para llevar laureles en la tierra”.

.....

Muchas otras cosas sugiere el libro del señor Ricardo D. Campos.

VIDAL FERREYRA VIDELA.

JOSE MANOCHI. — *Cartas Malditas*. — Editorial Difusión. Buenos Aires 1947. — 89-190 pp.

Un puñado concreto de palabras puede marginar el argumento de esta límpida novela ciudadana.

Se conocen en Mar del Plata, por uno de esos caprichos, tan cotidianos en la psicología de la moderna adolescente, y la trama que zurce el hilo de sucesivas afecciones, los lleva hasta los dinteles irremediables del matrimo-

nio. La sospecha, la cruel sospecha, soporizada por los desvelos de un santo sacerdote, rompe con rictus definitivo de espada, el paralelismo de dos vidas, antes de su perpetua conjunción. La joven es afortunada. En Francia funda un blanco nido de cariño que se peremaliza en la piedra de la Buenos Aires señorial. Un día, las "cartas malditas" de su antiguo amor, llaman las puertas de su felicidad, en las manos impuras del viejo rematador. Cinismo. Sangre. Un hogar destrozado, y la dicha hogareña que rompe sus alas contra el castillo roquero de la incomprensión. El remordimiento, rompe la rigidez de viejos prejuicios. Una entrega voluntaria en manos de la justicia, redime dos vidas: la del asesino y la de dos rosas ensangrentadas, florecidas en el altar del sacrificio.

El contenido emocional de la novela, que nunca traspasa los límites de la verosimilitud, se vuelca en el molde de un estilo claro, sencillo, y sin mayores pretensiones de recursos retóricos.

Una intuición vital de la escena ciudadana nutre abundantemente los diversos capítulos, de realismo y de verdad. Nos hace volver a palpar con las páginas de Pierre L'Ermite, tan humanas, tan pletóricas de colorido local y de psicología casera.

Sea bienvenida, pues, al seno del hogar literario argentino, y preannuncio de nuevas producciones del joven escritor José Manochi.

JUAN CARLOS PÉREZ.



Martín de Petris
Francisca S. de Ibarrola (1794)
(Museo Histórico Nacional)



Anónimo
La Marquesa de Sobremonte
(Museo Histórico Nacional)



Ángel M. Camponesqui
Juan Martín de Pueyrredón 1806)
(Colección del doctor
Carlos Alberto Pueyrredón)



Antoni Brunet de Annat
Retrato de joven (1827)
(Prop. del Sr. Adolfo Luis Ribera)



Jean Phillippe Goulú
Autorretrato (1826)
 (Colección de la señora Emma S.
 de Rodríguez de la Torre)



Manuel Oliver
Carmen Zavaleta de Saavedra (1846)
 (Prop. de la señora Silvia Saavedra
 Lamas de Pueyrredon)



Fernando García del Molino
Manuel Alejandro Pueyrredon
 (Museo Histórico Nacional)



Isaac Fernández Blanco
Manuel Laprida
 (Col. del Ing. Francisco M. Trelles)